

# Entre Buenos Aires y Mendoza. Dos historias de zamoranos lejos de su tierra

Silvia Tchordonkian y Jorge Saborido

Nuestra tarea se orienta a la narración de dos historias de vida de zamoranos radicados en la República Argentina, una de ellas en la ciudad-puerto de Buenos Aires, ámbito preferente de concreción de las tendencias modernizadoras que se desplegaron en el país a lo largo del siglo XX, y otra en el oeste del país, en la ciudad de San Rafael, situada en el sur de la provincia de Mendoza, en las cercanías de la cordillera de los Andes. Dos escenarios, por supuesto, claramente diferenciados por la geografía, la vida económica, la inserción regional, la existencia cotidiana, en los que se despliegan dos patrones de vida de migrantes adaptados cada uno al nuevo contexto social, a partir de las pautas provenientes de la tradición ancestral. La familia Gago, en Buenos Aires, y los Riesco, en San Rafael, en la provincia de Mendoza, son los protagonistas de nuestras historias.

La trayectoria de la familia Gago fue recogida en varios encuentros con el único hijo del matrimonio, Severino, originario de Aliste, provincia de Zamora, quien se trasladó a la República Argentina en 1943, en medio de la Guerra Mundial, cuando el narrador contaba con diez años. La vida familiar, interesante por las experiencias de sus miembros, constituye una muestra del desenvolvimiento de los inmigrantes en una urbe de enormes dimensiones, en un momento de expansión económica.

Por su parte, la historia de los Riesco, encabezada por un zamorano, ya fallecido, arribado al puerto de Buenos Aires en 1923 a los pocos meses de haber nacido, es narrada por su hija Bibiana. Al haberse establecido como lugar de residencia un pequeño pueblo vecino a la ciudad de San Rafael, la vida familiar se desenvuelve marcada por la dedicación al trabajo de la tierra, con todas sus particularidades y la residencia en un ámbito social de características similares al lugar de donde provenían. El único cambio importante que se produjo a lo largo de los años fue el abandono del campo y la instalación en el centro urbano de la región.

La diferencia fundamental existente entre ambas historias radica en que en una de ellas el protagonista principal es el narrador directo, mientras que



María Victoria Colino en San Pedro de la Viña, provincia de Zamora (1920).

la otra nos es comunicada por la depositaria de la historia familiar. Este aspecto ha marcado las líneas de desenvolvimiento de nuestra relación e impuesto los límites que se derivan de ello.

Severino Gago, como se ha dicho, nació en 1933 en Zamora, más precisamente en el pueblo de Castro de Alcañices, en la comarca de Aliste, situada en el oeste de la provincia, cercana a la frontera con Portugal. Allí transcurrió su infancia, en medio de los conflictos po-

líticos y de los enfrentamientos que se produjeron en España en la década de 1930. Su padre estaba ya radicado en la República Argentina. Cuando ya había cumplido diez años abandonó para siempre su pueblo natal junto a su madre para reunirse con su padre, que los esperaba en Buenos Aires. Desde aquí, su padre que llevaba alrededor de quince años de residencia, realizó los trámites para obtener una “cédula de llamada”, compromiso escrito realizado por un pariente o conocido que le garantizaba al inmigrante un puesto de trabajo requisito indispensable en la década de 1940 para todo aquel que decidiera emigrar desde España con destino a la Argentina.

Fue entonces cuando inició el viaje, que quedaría fijado entre las imágenes de la infancia de Severino como una travesía de aventura. Europa estaba sufriendo los horrores de la Segunda Guerra Mundial, cuando amarró en Vigo el barco “Cabo de Hornos”, que pocos días más tarde inició el cruce del Océano Atlántico.

Las primeras escalas, normales o forzadas, dadas las circunstancias, fueron Lisboa y Cádiz. En este último puerto recogió el joven viajero la imagen de una España que no conocía: “los chicos pidiendo en el puerto, pidiendo pan o lo que fuera”, que contraponen a la de su tierra “donde se comía lo que se producía, y no se pasaba hambre, aunque había muchas otras necesidades”, pues “había habido sequía en esos años” y, además, como consecuencia de la escasez “(creo que) el gobierno confiscaba parte de la producción para las ciudades”. Corría 1943, la Guerra Civil había terminado hacía cuatro años, pero aun quedaban graves secuelas, producto tanto de la realidad de un país pobre y desangrado por la guerra y la posterior represión, como de una política autárquica que agravó las privaciones.

Distinta fue la niñez de Medardo Riesco, que nació en San Pedro de la Viña, pueblo del valle de Vidriales, quien obviamente no conservó ningún



Cédula de llamada.

recuerdo de su tierra pues a poco de cumplir seis meses llegó a Buenos Aires en brazos de su madre junto a su hermana algo mayor, donde los esperaba su padre, llegado a la Argentina unos meses antes del nacimiento de su primer hijo varón. Como se ha dado en tantos casos, eran los hombres, jefes de familia, quienes salían a probar suerte en lugares lejanos, para convocar luego a los suyos consideraban tener a mano las seguridades mínimas.

Medardo supo de las desventuras del cruce del océano en el vapor italiano Massilia por el relato de su madre, doña Victoria Colino, una mujer de pueblo que solo acompañada de sus hijos debió afrontar las incomodidades de la tercera clase, definida

como “clase amontonados”, “(donde) en literas (dormían) todas las mujeres con los chicos uno arriba de los otros”, que se hacía algo menos penosa por el acompañamiento de otros como ella. “las familias Lobos Cristóbal, Colino”, que también buscaban nuevos horizontes en América. Tan mala debió haber sido la experiencia para doña Victoria que, una vez arribada a la Argentina en 1923, terminó su vida casi setenta años después de su llegada sin atreverse a viajar, aun cuando su marido cruzó varias veces el Atlántico para visitar su tierra natal.

Para su hija Victoria Riesco, la hermana mayor de Medardo, la experiencia del viaje no debió haber sido tan traumática, porque como también recuerda Severino Gago, nuestro otro narrador, a los niños se les permitían ciertas libertades como escaparse e ir a la Primera Clase, “...de donde nos sacaban prácticamente de la oreja”.

Las vivencias de viaje de los Gago estuvieron afectadas por la realidad de un mundo en guerra, generando temores y conjeturas: “...atravesando el Atlántico nos agarró (sic) una fragata o un crucero inglés. Nos revisó de punta a punta el barco, una situación terrible; estuvimos casi un día en alta mar, mientras ellos revisaban a ver si se escapaban alemanes”<sup>1</sup>. Nunca tuvo Severino la

<sup>1</sup> Recordemos que la España de Franco estaba ideológicamente cercana a las potencias del Eje y era entonces hasta cierto punto lógico que un barco de bandera española



[003] Pedro Riesco Delgado y su hija Victoria. Zamora, 1922.

certeza acerca de qué ocurrió finalmente ese día, pero como para completar el cuadro recordó que “submarinos alemanes también hicieron su aparición aunque no nos pararon”. Lo cierto fue que en el barco, lleno de españoles (así lo recuerda), por la noche, con las luces apagadas, con los vidrios de las ventanillas pintados de un azul que impedían ver el exterior, “...el temor de ataque de los alemanes (era) la cosa más terrorífica”.

Vigo, Lisboa, Cádiz... recalado forzoso en Curazao para reparar averías, y luego la ruta hasta Montevideo y Buenos Aires cerraron el itinerario

de los Gago a casi tres meses de la partida.

La coincidencia inversa entre los ciclos agrarios españoles y cubanos era bien conocida por los trabajadores ibéricos desde el siglo XIX.<sup>2</sup> Una vez concluidos los trabajos en su tierra, los labriegos españoles se embarcaban rumbo a la isla caribeña donde encontraban ocupación entre los meses de septiembre y noviembre en la faena del azúcar -en los primeros tiempos sólo en las tareas agrícolas, más tarde también en la industrialización- y volvían a sus lugares de origen en los meses de mayo o junio, cuando se registraba el pico en la demanda de brazos para trabajar la tierra en España.

La prosperidad cubana consecuencia de las exportaciones de azúcar durante la Primera Guerra Mundial y la inmediata Posguerra -la serie de años en que los países europeos contrajeron su producción agrícola- dio mayor impulso a la movilización estacional desde España hacia el Caribe. No fue ajena a ello la familia Riesco que movida por el espíritu de aventura del hombre de la casa, abandonó San Pedro de la Viña y en busca de trabajo se afincó en la capital de la isla. “Allí trabajó primero en las plantaciones de caña” y, seguramente para completar el ciclo anual, “luego consiguió trabajo en una farmacia, propiedad de un pariente”. De modo que el labriego se convirtió en un hombre de ciudad empeñado en el esfuerzo de alcanzar un mejor status económico. Su mujer, doña Victoria, lo acompañó en el trabajo tal como lo haría a lo largo de toda su vida. En ese tiempo ella ingresó en una fábrica textil y allí aprendió el oficio de costurera. Volvió después a las

protegiera a súbditos alemanes. (N.A.)

<sup>2</sup> C. YÁÑEZ: “Los mercados de trabajo americanos para la emigración española ultramarina. (Siglos XIX y XX)”, en A. FERNÁNDEZ y J.C. MOYA (editores): *La inmigración española en la Argentina*. Buenos Aires, 1999. (N.A.)

labores del campo y más adelante se ocupó de la atención del Almacén de Ramos Generales, pero ya como propietaria.

Estos cambios en la situación ocupacional y los beneficios logrados en pocos años por el matrimonio, debieron causar en propios y ajenos la impresión de que las posibilidades de progresar en América estaban al alcance de la mano. De modo que otros integrantes del clan familiar alentados por las noticias que recibían, llegaron a la isla, encontraron ocupación allí y se afincaron de tal modo que hoy conforman la rama cubana descendiente de los abuelos zamoranos.

La estadía de la familia en Cuba fue corta. En su paso por La Habana, los Riesco asistieron al nacimiento de su primer hija, a la que llamaron Victoria, de quien ya hablamos, que vendría a morir algunos años después, y siendo aún una niña, a la Argentina.

Suponemos que para fines de 1921 o principios de 1922, los Riesco debieron tomar el camino de regreso a España. La causa de la vuelta parece haber sido la disentería contraída por el jefe de la familia, según su propia versión a sus descendientes. Esa justificación del regreso, se explica mejor y se completa al observar la situación económica de la Isla, que cambió de pronto. Lo cierto es que una vez superada la etapa del “boom”, la producción de azúcar cubana declinó a causa de la caída de la demanda mundial, y esto se tradujo en la desocupación de los miles de brazos llegados a la Isla en el momento de mayor auge de la producción.

Pero no sería muy larga la permanencia de los Riesco en su tierra natal. No todo debió ser producto del espíritu de aventura. Es muy probable que la crítica situación del lugar, y en el caso particular que tratamos una vez agotados los medios allegados en Cuba el recuerdo de la primera experiencia migratoria, relativamente exitosa, haya obrado a favor de salir otra vez a buscar un rumbo nuevo. Ese rumbo llevaba hacia la Argentina, tierra conocida por las referencias aportadas por otros paisanos.

El padre fue el primero en partir y hacia comienzos de 1923 puso pie en Buenos Aires donde lo alcanzó en el mes de marzo la noticia del nacimiento de su primer hijo varón. Fue entonces cuando decidió convocar a toda su familia.

En cambio, a los Gago que arribaron a la Argentina veinte años después de la llegada de los Riesco, los recibieron sus familiares directos: el padre, la abuela paterna, tíos y tías. Padre y abuela, habían viajado en los años treinta para reunirse con las hijas de la mujer, las hermanas mayores del padre, radicadas en la ciudad hacía ya largo tiempo. Las tías se habían trasladado a Buenos Aires respondiendo a la propuesta de casamiento de unos de su pueblo con casa y trabajo en el lugar. Esos primeros zamoranos habían viajado desde tan lejos alentados por la prosperidad de la pampa argentina en

la etapa de esplendor de la economía agroexportadora, en los primeros años del siglo. Por entonces más de la mitad de las exportaciones de alimentos desde América latina a Europa, tenían origen en la Argentina. “En relación con el cuadro total de las relaciones bilaterales entre países latinoamericanos y europeos, la Argentina ocupaba los seis primeros puestos con Inglaterra, Alemania, Italia, los Países Bajos, Bélgica-Luxemburgo y Francia.”<sup>3</sup> El país proveía de materias primas del sector agropecuario, y recibía combustibles, maquinarias e insumos industriales, además de artículos de consumo masivo para una población en crecimiento constante, desde los principales centros industriales europeos.

En ese momento, específicamente en 1905, según rescata la memoria familiar, arribó a Buenos Aires mucha gente oriunda de Castro de Alcañices. Diez años después de su llegada, uno de los mentados tíos, don Manuel Cejas, quien había sido pastor en su pueblo natal, era propietario de “...una tropa de chatas<sup>4</sup> con caballos y era el fletero de Ybarra<sup>5</sup>; traía aceite, aceitunas,... a *su* (subrayado nuestro) galpón, que tenía adosado a *su* (subrayado nuestro) casa.”. Desde allí proveía a los almacenes, rubro de comercio de alimentos al menudeo, en el que descollaban los españoles. En definitiva, estos inmigrantes de origen campesino descubrían un mundo de trabajo urbano en el que la movilidad social se convertía en una posibilidad real y accesible al esfuerzo sostenido. Posiblemente los tíos de Severino Gago, habían acumulado algunos ahorros trabajando como dependientes de comercio, pues era sabido que “...vinieron con nada” y llegaron a establecerse por cuenta propia como comerciantes y distribuidores de productos de almacén de los barrios del sur de la ciudad, densamente poblados por españoles.

Inmigrantes de extracción campesina con un mínimo de instrucción, frecuentemente analfabetos, llegaron a una ciudad pujante donde debieron poner en juego estrategias de sociabilidad que les permitieran tender vínculos con los conocidos, para con el apoyo mutuo encontrar alguna salida, en principio para subsistir y más tarde con miras a progresar. Basándose en este conocimiento “... empezó a venir gente del mismo pueblo... a los que (mi tío) les daba trabajo...les enseñaba; eran campesinos también”, que aspiraban a repetir el mismo ciclo hacia un mejor posicionamiento social. En la concreción de esta posibilidad jugaban un rol fundamental los que ya habían alcanzado un cierto

<sup>3</sup> S. BAGU: *Argentina en el mundo*. México-Buenos Aires, 1961, p. 77. (N.A.)

<sup>4</sup> Chatas: en Argentina (específicamente en Buenos Aires), nombre dado al carro grande de cuatro ruedas, tirado por caballos. (N.A.)

<sup>5</sup> Ybarra: nombre de una reconocida empresa productora de aceites comestibles y sus derivados. (N.A.)

nivel de éxito. Los más prósperos, en forma deliberada o movidos por la solidaridad familiar con los recién llegados, se convertían en forjadores de un entramado de relaciones de trabajo, de ayuda mutua, ante la falta de instituciones públicas conformadas para acudir en auxilio de los necesitados.

En cuanto a esta familia, un ambiente propicio para el desarrollo de los negocios –dado que Buenos Aires y sus alrededores albergaban el 25% de la población del país<sup>6</sup>– le permitió diversificar sus actividades económicas, cosa que lograron con gran ingenio y sagacidad para aprovechar nuevas oportunidades.

El queroseno era por entonces el combustible de uso doméstico más extendido y su demanda crecía de forma sostenida. La posibilidad de engrosar el capital familiar con la adquisición de nuevas chatas equipadas con tanques para contener el combustible líquido parecía ser un buen negocio.<sup>7</sup> Para ello don Manuel concibió un proyecto para “distribuir queroseno”, que compraría directamente a la empresa norteamericana<sup>8</sup> dedicada a la refinación del petróleo en el país. Hasta entonces “El (tío) tenía la distribución de queroseno en latas (de cinco litros),... y le propone a la empresa West Indian un plan para distribuirlo a granel... en lugar de llevarlo en latas.” Después de arribar a un acuerdo con la Compañía, a don Manuel le restaba convencer a su clientela de las ventajas

<sup>6</sup> El área conocida como Gran Buenos Aires (que según definió Gino Germani abarca el Distrito Federal, más los partidos de Avellaneda, Almirante Brown, 4 de Junio (Lanús), General San Martín, Las Conchas (Tigre), Lomas de Zamora, La Matanza, Morón, Quilmes, San Fernando, San Isidro y Vicente López) para 1914 contaba con 1.999.999 habitantes (Fuente: Censo Nacional – Año 1914) que representaban el 25,4% de la población total del país. GINO GERMANI: *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Buenos Aires, 1955. Para ampliar datos sobre la ciudad de Buenos Aires, G. BOURDE: *Ob. Cit.* “En 1920 mientras la proporción urbana de la población total era del 53,4%, la de los inmigrantes alcanzaba el 75,5% con agudas diferencias entre nacionalidades.” O. CORNBLIT: “Inmigrantes y empresarios en la política argentina” en T. DI TELLA y T. HALPERIN DONGHI, *Los fragmentos del Poder*. Buenos Aires, 1969. (N.A.)

<sup>7</sup> Aquí el narrador hace referencia a la urbanización de Buenos Aires, cuando la extensión de la red cloacal puso fuera de servicio a los carros que provistos de tanques atmosféricos servían para realizar la limpieza domiciliaria de los pozos ciegos. Esos carros fueron adquiridos por esta familia que les dio el destino indicado arriba. Las grandes obras de provisión de aguas corrientes se realizaron en Buenos Aires desde los comienzos del siglo XX. En 1904 el 57% de las casas de la ciudad estaban dotadas de este recurso elemental. Más lento, el sistema de instalación de cloacas alcanzó la cifra de hogares mencionada recién en 1909. Ambos sistemas siguieron avanzando progresivamente desde el centro de la ciudad hacia los barrios aledaños. “En los años 1920 Buenos Aires como las ciudades europeas y norteamericanas, dispone de un sistema completo de agua corriente y de cloacas.” G. BOURDE: *Ob. Cit.* p. 115. (N.A.)

<sup>8</sup> Hasta la creación de la empresa nacional de explotación de petróleo, fueron empresas extranjeras las que abastecieron de combustible al país. (N.A.)



Cargando chatas en el Puerto de Buenos Aires, 1920.

que se derivaban del nuevo sistema. El camino fue tentar a los revendedores con la propuesta de una reducción en el costo del combustible, que comprado a granel, exigía como única inversión la adquisición previa de un tanque para almacenamiento. A cambio de esa inversión, les aseguraba a los interesados que se lograría

un incremento rápido en las ganancias, dado que el precio final de venta al público se mantendría sin depreciarse. No fue difícil captar compradores ya que “en esa época un centavo era mucha plata.”

Así, mientras se iba ampliando el sistema de comercialización del queroseno, don Manuel Cejas se convertía en la cabeza de una red en la que un conjunto de zamoranos empleados por él conducían las chatas con las que se realizaba el traslado del combustible desde los depósitos de la empresa hasta cada uno de los almacenes, los negocios minoristas que formaban parte de su vieja clientela. A nadie podía escapársele que de paso y a través de la intermediación, se iban abriendo nuevos puestos de trabajo para los paisanos de Zamora que seguían llegando.

Con el paso del tiempo, y ese fue el precedente que la empresa familiar marcó con estas operaciones, que según Gago, “hasta hace veinte o veinticinco años, cuando se dejó de usar el queroseno, los que hacían la distribución eran todos venidos de mi pueblo, a los que inició él” dice en referencia a su tío político.

La experiencia acumulada en el negocio del combustible se consolidó cuando en los años veinte, con la creación de la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales<sup>9</sup>, la familia Gago se convirtió en el “primer concesiona-

<sup>9</sup> La empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales, fue creada por un decreto del Poder Ejecutivo Nacional el 3 de julio de 1922, durante la presidencia del Dr. Hipólito Yrigoyen. (N.A.)

rio reconocido oficialmente” para la distribución de combustible, y años más tarde los Gago fueron los primeros en contar con autorización para instalar surtidores para expender queroseno en las veredas.

Hacia 1923, la Argentina que se mostraba al mundo como una de las “mecas” de la prosperidad, era gobernada por Marcelo Torcuato de Alvear, el segundo de los presidentes salidos de las filas de la Unión Cívica Radical.<sup>10</sup> Circunstancias externas favorables, resultantes del incremento de los precios de los productos agrícola ganaderos en el mercado internacional, y del renovado flujo de capitales extranjeros, crearon una situación de bienestar que se extendería hasta 1928. Tras el impacto negativo producido por la Gran Guerra, la maximización del uso de la capacidad productiva hizo que el país llegara a abastecer “el 66% de la exportación mundial de maíz, el 72% de lino, el 32% de avena, el 20% de trigo y harina de trigo, y más del 50% de carne.”<sup>11</sup>

Después de hacer las primeras experiencias en el pueblo de Escobar,<sup>12</sup> en las cercanías de la ciudad de Buenos Aires, trabajando en las plantaciones de frutas y flores que son típicas del lugar, la familia Riesco decidió probar suerte en el interior del país. Recogieron sus cosas y poniendo rumbo al oeste cruzaron todo el país para llegar a la ciudad de San Rafael en los valles de la cordillera de los Andes, en la provincia de Mendoza.<sup>13</sup>

La economía de la región de los Andes, aprovechando el impulso de la economía agroganadera, había alcanzado un gran desarrollo a comienzos del siglo XX. La producción vitícola, que había comenzado con los españoles en los tiempos tempranos de la conquista, ofrecía, pasados los siglos, posibilidades interesantes para la producción de frutas secas y vinos para el consumo

<sup>10</sup> La Unión Cívica Radical, fue fundada en 1890, en Buenos Aires. Representó a los sectores que bregaban por una vida política democrática, sostenida en la transparencia del sufragio y de la acción de gobierno. Sustentada por los sectores medios, llevó adelante una acción sostenida que culminó en 1912 con la sanción de la “Ley Sáenz Peña”, que estableció el sufragio universal, masculino, obligatorio. Las primeras elecciones presidenciales celebradas bajo la vigencia de dicha Ley en el año 1916, dieron el triunfo al principal dirigente de la Unión Cívica radical, Hipólito Yrigoyen. (N.A.)

<sup>11</sup> GUIDO DI TELLA y M. ZYMELMAN: *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Buenos Aires, 1967. p. 84. (N.A.)

<sup>12</sup> Escobar: localidad del noreste de la provincia de Buenos Aires distante a 50 kilómetros de la ciudad capital. Zona de quintas y de huertas que producen verduras y frutas para la ciudad. Los inmigrantes portugueses radicados allí se especializaron en el cultivo de flores, actividad que hoy está dominada por la comunidad japonesa del lugar. (N.A.)

<sup>13</sup> San Rafael: Departamento del sur de la provincia de Mendoza. La capital del Departamento San Rafael distante a 232 kilómetros de la capital provincial, fue declarada ciudad en 1922. La actividad predominante es el cultivo de la vid y la producción de vinos. (N.A.)



Mapa de la República Argentina. La Ciudad de San Rafael (provincia de Mendoza) encerrada en un círculo.

de las ciudades más grandes del país. El interés del Estado provincial en fomentar estas actividades, combinado con los avances en los transportes y el crecimiento del mercado interno, actuaron impulsando el proceso que alentó la llegada de viñateros, cosecheros y comerciantes desde otros lugares.<sup>14</sup>

La política del Estado provincial orientada al fomento agrícola, industrial y comercial, y fundamentalmente a la radicación de población estaba ya en marcha cuando llegaron los Riesco. Ya en 1907 habían comenzado las obras de irrigación para subsanar las faltas de aguas en las viñas y en los pueblos linderos. Los productores de frutas y los productores de envases, cajones de madera, material vital para el traslado y comercialización de la producción, recibían exenciones im-

positivas. A los viñateros el Banco provincial los alentaba con préstamos hipotecarios. Era obvio que tal conjunto de beneficios resultarían atractivos a los inmigrantes que, llegados sin más caudal que su voluntad de trabajo, veían la posibilidad de convertirse en dueños de una tierra, de una vivienda o de ser los iniciadores de una pequeña empresa familiar.<sup>15</sup>

Con este panorama se encontraron los Riesco en la localidad de San Rafael, que en razón de lo distante de las vías férreas y sin suficiente riego, sólo pudo integrarse tardíamente a la producción regional. Los grandes viñateros y fruticultores se interesaron por el lugar y extendieron sus plantaciones de vides y frutales cuando la asistencia del Estado les garantizó los medios para

<sup>14</sup> Sobre el tema se puede ver J. BALAN: "Una cuestión regional en la Argentina: Burguesías provinciales y el mercado nacional en el desarrollo agroexportador" en *Desarrollo Económico*, 18:69 Abril – Junio, 1978. N. GIRBAL de BLACHA: "Ajustes de una economía regional. Inserción de la vitivinicultura cuyana en la Argentina agroexportadora. (1855-1914)", en *Investigaciones y Ensayos*, 35, Buenos Aires, 1987. (N.A.)

<sup>15</sup> B. BRAGONI: "Meritorios españoles, ejemplares nobles... Inmigración, redes y mercado. Algunas notas sobre la formación de emporios vitivinícolas en Mendoza. 1860-1940" en A. E. FERNÁNDEZ y J.C. MOYA: *Ob. cit.* (N.A.)

producir frutas frescas y conservas y los medios necesarios para colocarlas fuera del mercado regional.<sup>16</sup>

Decididos a aprovechar su experiencia en los trabajos agrícolas y alentados por las ventajas del lugar, los Riesco concretaron la compra de una finca en el distrito de “Llave Nueva”, a 40 kilómetros de San Rafael, donde iniciaron la “plantación de álamos, que por entonces tenían mucho valor” pues se utilizaban para embalajes, muebles y cajones de frutas. Ellos mismos comercializaban la madera producida, pero además aprovechaban sus contactos fuera del lugar para conseguir en las ciudades los productos de primera necesidad que revendían a los vecinos del pueblo. Esa diversificación de actividades, aseguró a la familia una cierta prosperidad económica que le permitió obtener un capital, para años más tarde abandonar el trabajo de plantación de árboles e instalar un Almacén de Ramos Generales en el casco céntrico de San Rafael.

Toda la actividad se sustentaba en el trabajo familiar, en el que las obligaciones estaban claramente demarcadas. “Mi padre Medardo –recuerda Bibiana– hacía el hoyo en la tierra y mi abuela plantaba el vástago. Además ya a los doce años mi padre salía en una carreta donde llevaba mercadería de primera necesidad... a los distintos y lejanos lugares donde se las compraban”.

A diferencia de los Gago que aparecen contenidos en el núcleo de los conocidos zamoranos, los Riesco además de “...parientes y amigos compatriotas”<sup>17</sup>, se relacionaron con “familias turcas tales como Rustom Abdala, que a pesar de que eran comunidades muy cerradas... a mi abuelo lo apoyaron.” En este contexto la solidaridad y la red de relaciones laborales se ampliaban hacia hombres y mujeres de otras nacionalidades, integrados en un medio escasamente poblado por su condición de inmigrantes, es decir de mano de obra.

La narradora no aporta datos precisos sobre gente oriunda de otras regiones de España, aun cuando en tiempos de la llegada de los Riesco, la pro-

<sup>16</sup> En 1869 el porcentaje de inmigrantes europeos sobre el conjunto de la población, en Mendoza era escaso. Sobre un total de 6.144 extranjeros, franceses, italianos y españoles alcanzaban el 0,3%. Este panorama se modifica de modo tal que para 1895, sobre un total de 116.142 habitantes de la provincia, el 13,7% son extranjeros y de ellos 3.273 (el 7,3%) españoles. B. BRAGONI: “Meritorios españoles, ejemplares...” en A. E. FERNÁNDEZ y J.C. MOYA: *Ob. Cit.* El Censo Nacional de 1914 declara que de los 41.534 habitantes de la provincia, 23.255 viven en las ciudades y 18.279 están establecidos en áreas rurales. Citado por O. CORNBLIT: “Inmigrantes y empresarios...” en T. DI TELLA y T. HALPERIN DONGHI, *Ob. cit.* (N.A.)

<sup>17</sup> No queda claro, pues no está especificado, si al hablar de “los compatriotas” se alude únicamente a los oriundos de Zamora, o a los españoles en general. Nosotros hemos ubicado veinticuatro zamoranos en Mendoza, cuatro de los cuales están hoy radicados en San Rafael, por lo que suponemos puede estar aludiendo a algunos de ellos. (N.A.)

vincia de Mendoza contaba con más de cuatro mil españoles, radicados en su mayoría en los centros urbanos.<sup>18</sup> A ellos se debe la existencia de varias instituciones como el Club Español, el Centro Andaluz, la Sociedad de Cultura Hispánica, la Sociedad de Socorros Mutuos en la capital de la provincia. En cambio la mujer rescata la simpática imagen de los “desfiles de gigantes cabezudos” y la organización de “la Junta Fallera” en los días de su infancia en San Rafael.



Lagares de San Rafael, 1930.

En el año de llegada de los Riesco, los zamoranos de Buenos Aires conformaron su primer centro social con el nombre de Sociedad Sanabresa -dado que los originarios de esta comarca eran mayoría- tal como lo recuerdan las memorias de la hoy Sociedad Zamorana. Pero según nos cuenta Gago, el primer centro social es anterior, data de 1918, y “mi tío fue el fundador del primer Centro Zamorano, que no sé por qué desapareció.” Pero en la década del veinte, el Centro cumplía ya las funciones de sociedad de ayuda mutua y centro recreativo y cultural. Toda la trayectoria de la institución hasta la actualidad refleja y acompaña, con su despliegue y crecimiento, la de aquellos primeros zamoranos de los que hablamos, y cuyas mismas vicisitudes atraviesa hoy.

Hacia 1914, la estructura social de la Argentina se había modificado notablemente, respecto de lo que era en el siglo anterior, como consecuencia del desenvolvimiento económico que caracterizó al país. El rasgo distintivo de la nueva sociedad fue la aparición de un amplio sector de clases medias que fue adquiriendo una significación sin precedentes en las décadas anteriores cuando los sectores más bajos de la población constituían el nivel preponderante de la pirámide social. El acelerado proceso de urbanización y modernización del país, impulsor de nuevas y diversas oportunidades de trabajo, fue el factor fundamental para el desplazamiento de los sectores bajos hacia el centro de la estructura social. Este proceso se vio claramente en las grandes urbes donde las industrias modernas y un activo comercio basado en producción local o internacional, la construcción de grandes obras públicas y la instalación de los medios de transporte modernos, generaron espacios laborales para una población en la que los extranjeros representaron entre el 58% y el 68% del

<sup>18</sup> Ver nota 22. (N.A.)

sector económicamente activo, según las épocas. Entre 1887 y 1895 fueron extranjeros el 87% de los obreros, el 80% de los artesanos, casi el 80% del personal ocupado en transportes, y entre 70% y 75% de los comerciantes y sus dependientes. Estas proporciones variaron cuando los hijos de estos inmigrantes entraron en el mercado de trabajo, pero aún en 1914 la población activa seguía conformada por casi un 60% de extranjeros. En cuanto a los hijos, fue el acceso a la educación lo que les permitió integrarse a los sectores administrativos, alcanzar nivel profesional, y llegar a ocupar cargos en las funciones públicas, que a la llegada de sus padres eran espacios reservados a la elite nativa. La realización de estudios universitarios, sería para muchos jóvenes la vía de ascenso social que los jerarquizaría en la sociedad de adopción. En este nuevo mundo debemos entender la vida de los Gago y los Riesco.

La vida de Merardo Riesco en la localidad de Llave Nueva debió transcurrir sin sobresaltos. Habitado a las labores de la tierra dividía su tiempo entre éstas y la escuela. Por lo que nos cuentan llegó a obtener el título de técnico “electricista profesional y técnico de radio y televisión” actividades muy demandadas y prestigiadas en su momento.

Ya que no contamos con demasiados detalles sobre estas vidas, intentamos reconstruir el camino recorrido. En principio suponemos que Merardo completó los siete años de escolaridad primaria obligatoria y, teniendo en cuenta que su padre había sido “maestro de Instrucción primaria” en su tierra, el hombre no descuidaría la educación de su hijo en un país en el que además de obligatoria la educación oficial era gratuita y laica, característica esta última muy interesante para alguien como el abuelo don Pedro que tenía pocas simpatías por “los curas”. Ya que este modelo de educación masiva estaba pensado para cumplir la tarea de unificación cultural y social que un país de inmigración necesitaba, también debía ser el instrumento, en especial para la clase media del interior del país, que garantizara alcanzar un rango social destacado.

Culminados los estudios primarios, llegó para Medardo el momento de asistir a alguna escuela técnica (secundaria)<sup>19</sup> o bien a alguna academia de oficios, las promocionadas carreras del futuro, que ni siquiera exigían certificados de escolarización básica. Lo cierto es que la juventud de nuestro protagonista transcurre en un país muy distinto del que conoció en su niñez. La nueva etapa abierta tras la crisis mundial de la década de 1930 orientó a la economía

<sup>19</sup> Datos censales del año 1947, señalan que en la región de Cuyo (las provincias de Mendoza, San Juan, San Luis) el 8 % de la población de más de 20 años de edad había recibido educación secundaria completa o incompleta. El porcentaje era similar al de la provincia de Buenos Aires. (N.A.)

nacional por el camino de la industrialización para cubrir la demanda interna de bienes que el mundo desarrollado en medio del conflicto había dejado de abastecer. Favorecido por la sustitución de importaciones que impulsó el gobierno peronista a partir de 1946 se valorizó el trabajo industrial, circunstancia que dio lugar al surgimiento de todo un espectro de actividades relacionadas con la producción de bienes de consumo y de servicios básicos que exigían mano de obra con capacidades acordes.

Como consecuencia de la expansión del mercado interno, la empresa familiar tomó nuevos rumbos. A fines de los años cuarenta abrieron el Almacén de Ramos Generales “que llegó a ser uno de los más importantes de la ciudad” de San Rafael, adonde se habían mudado los Riesco en 1948. La muestra tangible del avance logrado fue el hecho de que don Pedro legara a cada uno de sus seis hijos una vivienda en propiedad.

En la época de esplendor del Almacén de Ramos Generales estaban ocupados todos los integrantes de la familia, incluso Medardo, que como electricista profesional, dada la alta demanda de técnicos “trabajó en E.L.T.E.C., una empresa dedicada a montajes electromecánicos” que realizó la instalación de las represas hidroeléctricas de una provincia en la que los ríos de montaña aseguran el caudal de agua necesario para poner en funcionamiento los equipos generadores de la electricidad demandada por industrias, hogares y espacios públicos.

Pero Medardo se dedicó también a la radiotelefonía, y estando aún en el campo “fue el primero que armó una radio en La Llave”, tal como siempre recuerda “el señor Martín que vivió allá”. Las habilidades y saberes del vástago de los Riesco se ampliaron en los años sesenta con la llegada de la televisión al interior del país, cuando se abrió todo un campo en el armado de los aparatos de TV y en las difíciles pero bien remuneradas tareas de reparación de equipos. Con todo esto no puede sorprender la afirmación de la hija en cuanto a que “nunca tuvo problemas en hallar trabajo” y siguió trabajando por el resto de sus días en su taller donde “reparaba artefactos eléctricos de todo tipo.”

La trayectoria de Severino Gago a partir de su arribo a Buenos Aires fue la común en todo niño de clase media. Su familia compartió la misma inquietud que otras en cuanto a al posibilidad de brindarle al menor de todos una educación que le garantizara un buen porvenir, no sólo de trabajo sino además de crecimiento y superación social. En medio de un proceso de abierta movilidad ascendente, la política estatal, que incrementaba los recursos destinados a la educación, promovía la expansión de la escolaridad hacía el nivel intermedio, poniendo especial énfasis en la enseñanza técnica de los oficios y artes manuales, para lo cual servían las escuelas fábrica y las escuelas de capacitación obrera para adultos varones y para mujeres. Como resultado, la matrícula de las escuelas secundarias creció un 134% entre 1945 y 1955, mientras que

el de las escuelas industriales alcanzó el 220%, marcado por la presencia de alumnos hijos de obreros y de familias de clase media baja.<sup>20</sup>

Con diez años cumplidos en el momento de su llegada a la Argentina, era obvio que Severino debía asistir y concluir la escuela elemental para continuar, en consonancia con la tónica de la época, estudios técnicos. Obviamente estudió en una escuela pública reconocida de la que egresó con el título de técnico electricista. También a él, en medio del proceso de sustitución de importaciones, el título obtenido le abriría puertas interesantes. La magnitud del fenómeno era tal que en los años cuarenta el desarrollo del sector industrial lo pondría por encima del sector agropecuario, de manera que en la conformación del PBI la industria representaba el 22,8% mientras que el sector primario se estancaba en el 20%.

La clase media vivió en medio del cambio una nueva etapa de auge. Gracias a su formación y a los medios económicos a su alcance, muchos iniciaron emprendimientos industriales de pequeñas y medianas dimensiones que adquirieron una dinámica particular al amparo del Estado que los benefició con subsidios y medidas de protección frente a la competencia externa, asegurándoles el papel de proveedoras del mercado interno y de las nacientes empresas públicas.<sup>21</sup> Severino Gago, abocado a la ingeniería eléctrica, levantó una pequeña empresa para la “fabricación de máquinas” y desde entonces alejado de las actividades de la familia, fue el único entre los del círculo que se convirtió en empresario industrial. Dejó a otros parientes el manejo del negocio familiar de distribución de combustible, que continuaron hasta entrados los años setenta.

En conclusión, el status económico y social del joven Gago se había visto modificado en menos de veinte años, gracias al esfuerzo personal y por la vía de la educación recibida, que lo colocaba en la posición de empresario próspero siempre ligado a la vida social de la comunidad en la que había nacido, y con clara disposición a dar el salto consecuente para ingresar en la vida política del país. En la actualidad este hombre se presenta como “dirigente político”, y de su trayectoria rescata el haber sido candidato a concejal en la ciudad de Buenos Aires, el ser parte del cuerpo de asesores del gobierno de esta ciudad, y el ser miembro activo del Consejo de Seguridad del barrio de Barracas donde

<sup>20</sup> J. C. TEDESCO: “La educación argentina entre 1930 -1955”, en *Historia integral argentina*, “Civiles y militares: las diez presidencias”. Buenos Aires, 1980. M. RAPORT y colaboradores: *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires, 2007. (N.A.)

<sup>21</sup> J. SCHVARTZER: “La industria que supimos conseguir. Una historia político social de la industria argentina.” Buenos Aires, 1996.

vive desde su niñez. También, entre las muchas cosas que hace a diario, encontró un espacio para trabajar en la Comisión Directiva de la Federación de Entidades Castellano-Leonesas de la que fue integrante durante varios años. En ella los zamoranos trabajan a la par de burgaleses y sorianos para unificar los numerosos centros regionales existentes en el país con el objetivo de darles el empuje que los adapte a las nuevas épocas; aunque como él mismo reconoce, les cuesta mucho esfuerzo remontar “el individualismo ibérico”.

Medardo Riesco siempre mantuvo el contacto con su tierra natal, a la que nunca regresó, a través de la correspondencia con sus numerosos familiares en España y en el exterior (en los Estados Unidos, en Cuba y aun en Rusia), y por medio del viceconsulado de su ciudad “participaba en las elecciones de autoridades de Zamora... y percibía una jubilación de allí.”

Nuestras dos historias de vida pueden ser integradas por sus trayectorias al modelo ya “clásico” definido hace cincuenta años por el sociólogo Gino Germani, en sus estudios acerca de la evolución de la sociedad argentina. Según su análisis, la vía principal de ascenso social para los inmigrantes se daba en el marco de las actividades autónomas, en primer lugar el trabajo en el comercio, en segundo en la industria y, por último, y en escala menor, en el medio agrícola. El tipo más frecuente en estos ámbitos, el *self made man*, es acompañado por otro modelo el del “diplomado”, patrimonio en las primeras etapas de los “argentinos”, y más tarde de los hijos de extranjeros cuyos estudios eran costeados por una familia que, humilde en sus orígenes había despegado económicamente en medio de la sociedad receptora. Una segunda generación de hijos de inmigrantes profundizó esta última forma de progreso social.<sup>22</sup> La matrícula universitaria evidenció este rumbo: se triplicó durante las presidencias peronistas y se incrementó en las décadas siguientes, beneficiada por la supresión de aranceles que había impuesto ese gobierno en 1949.<sup>23</sup>

Por entonces Severino Gago y Medardo Riesco, formaron sus propias familias, y sus hijos completaron la trayectoria de sus padres. “Mi hijo también se recibió de electrotécnico –señala Gago– y después realizó estudios universitarios de arquitectura.

“Mi padre se casó en San Rafael,... con su vecina, una argentina hija de andaluces” con quien tuvo dos hijos: Bibiana, nuestra narradora, y su hermano mayor. Al hablar de la vida de los hijos, lo primero que ella apunta es que ambos se han dedicado con esfuerzo al estudio. Detalla un largo *curriculum* que por sí solo deja entrever la mentalidad de la sociedad que hace decenios caracterizaba Germani. “Soy perito mercantil; profesora de Inglés;...llegué a tercer año de la Facultad de Ciencias

<sup>22</sup> G. GERMANI: Ob. Cit.

<sup>23</sup> J.C. TEDESCO: Ob. Cit.

Económicas, realicé cursos de informática; ...Y actualmente soy oficial de justicia.” En cuanto a su hermano, nos dice que realizó distintos estudios relacionados con las posibilidades de trabajo que se le iban presentando en el lugar: fue instrumentista quirúrgico, guía de turismo, y técnico en balances y auditorías contables. Él “siempre tuvo trabajos administrativos, llegando a ser gerente de la empresa “Turismo San Rafael” y fue encargado contables de la Obra Social O.S.E.C.A.C. (Obra Social de Empleados de Comercio) de San Rafael” la más grande de las obras sociales a nivel nacional.

No cabe detenernos aquí en la actualidad argentina, pero sí destacar algunas realidades que emergen con fuerza como el resultado de los cambios estructurales llevado a cabo en la última década del siglo pasado. “Mi hermano perdió su trabajo (en la Obra Social) y actualmente es secretario en el “Estudio jurídico” de mi prima... donde trabaja de mañana, y a la tarde (se) dedica al reparto de mercaderías (golosinas) en forma independiente; algo similar a lo que hacía mi padre en su juventud; sólo que mi padre lo hacía en carreta y mi hermano en camioneta...”

En un punto nuevamente se tocan nuestras historias de vida. Bibiana tiene presente el Centro Andaluz de su infancia, que hoy ha asumido una función diferente a al de esos días, porque en él “se hacen reuniones todas las semanas e informan a los participantes sobre todas las dudas, los requisitos que deben cumplir, los que quieren emigrar a España...en general jóvenes que van en busca de un futuro mejor.” Ella también espera el momento de “hacer los trámites para hacerme ciudadana española.”

El mismo camino de regreso ha emprendido el hijo de Severino Gago, que hoy está radicado “en Madrid, en la zona de El Escorial, en la sierra” donde él y su mujer han encontrado trabajos en su profesión, al precio de repetir la historia de desarraigo de sus mayores. Severino viaja con frecuencia a España donde a menudo se topa con muchos otros que conoció en otros tiempos en Argentina.

Podríamos repetir aquí, sólo que en parte y modificada, la apreciación sobre la Argentina con que iniciamos el trabajo, diciendo que entre fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI, en la Argentina (y en el resto de América del Sur) se verifica un fenómeno migratorio del que son parte una mayoría de individuos con formación profesional o en vías de serlo, hacia los países de origen, de quienes fueron parte fundamental en la constitución de la población de la Argentina moderna desde fines del siglo XIX.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Las dos historias de vida que se han desplegado ante nosotros permiten ubicar a estas familias de inmigrantes zamoranos dentro de los patrones que caracterizan los procesos socioeconómicos que se verificaron en la República Argentina en el siglo XX. Es preciso destacar, en primer término, que los relatos muestran hasta qué punto, en escenarios y momentos históricos diferentes,

persistieron en el país las posibilidades de ascenso social, entre otros caminos a partir del acceso al estudio. La familia Gago pudo aprovechar las condiciones que brindó el período de prosperidad generalizada que se vivió durante los años de 1920, y luego la familia como tal sobrevivió a los cambios que desencadenó la crisis en la década siguiente, y pudo insertarse con éxito en la estructura productiva y social que generó la industrialización.

Las referencias a los negocios vinculados con la distribución de combustible, dan cuenta de la conformación de importantes redes vinculares espontáneas, a través de las que cada comunidad inmigrante incorporaba a sus conacionales entendiendo como tales a los que procedían de la misma comarca, para facilitarles la inserción en el mundo del trabajo. Este proceso de conformación de redes vinculares, muy estudiado en los últimos años, encuentra su confirmación en vívido recuerdo de Severino Gago.

En cuanto a los Riesco participaron de los beneficios del crecimiento que se registró en una de las regiones del interior del país en base a su potencial de proveer de vinos, frutas secas, frutas naturales y conservas, a los grandes centros urbanos. Si bien en un espacio más modesto, en relación a Buenos Aires, el desarrollo económico le permitió a la familia integrarse al numeroso y variado universo de los sectores medios, en condiciones para preparar a su descendencia en el campo profesional y laboral ya con otra perspectiva.

Si bien los destinos fueron diferentes, ambos recorridos familiares nos muestran de manera clara las características de país que hasta los años de 1960 y a pesar de persistente inestabilidad que caracterizó a la vida política a lo largo del siglo pasado, ofreció espacios que permitieron razonablemente imaginar un horizonte de realizaciones personales y familiares para cientos de miles de seres humanos. En este sentido pareciera también que los avatares de la dura década de 1970 constituyeron un punto de inflexión a partir del cual las expectativas de muchos hijos o nietos de inmigrantes dejaron de cifrarse en este lugar para ubicarse en la tierra de sus ancestros.